

# Vivir de patrona

Doña Manolita era viuda. Iba siempre vestida de negro, pero en su luto riguroso había algo que no era estrictamente funeral. No era el luto castellano de Bernarda Alba. Era el luto madrileño, un luto de adornos y maquillajes, de pendientes y alharacas, un luto que, a pesar de la avanzada edad de Doña Manolita, conservaba todavía un recuerdo cachondo. Doña Manolita tenía unos ojos saltones como huevos que giraban continuamente sobre sus órbitas y que vigilaban sin descanso la buena marcha de su casa y el bienestar de los clientes. Doña Manolita tenía el pundonor de la alta hostelería madrileña. La pensión de Doña Manolita era considerada como una de las mejores pensiones de Madrid y era conocida en toda España. De Oviedo, de Valladolid, de La Coruña venían a su pensión orondos matrimonios, reverendos sacerdotes y estudiantes hijos de las mejores familias. Se preciaba Doña Manolita de tener, incluso, huéspedes catalantes entre su clientela.

La pensión de Doña Manolita estaba situada en la calle de Hortaleza, muy cerca de la Red de San Luis, en una casa antigua sólidamente construida. El portal era amplio, señorial en su tiempo y la pensión ocupaba dos pisos de la casa, el tercero y el cuarto. Había que subir en un ascensor destartalado que daba la sensación de (...)



LIBROS  
A LA CALLE



Leer  
para gozar

Luis  
Carandell  
(1929-2002)  
*Vivir  
en Madrid*

Ilustración:  
Jorge  
Arranz



librosalacalle.com